MUNDO DE LIBROS



DE SOBREMESA

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita - Mundo de Libros - tiendamundodelibros.com

De sobremesa

José Asunción Silva

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

metadatos.Descargar como

De sobremesaDe sobremesaJosé Asunción Silva

Recogida por la pantalla de gasa
y encajes, la claridad tibia de la lámpara caía en
círculo sobre el terciopelo carmesí de la carpeta, y al
iluminar de lleno tres tazas de China, doradas en el fondo por un
resto de café espeso, y un frasco de cristal tallado, lleno de
licor transparente entre el cual brillaban partículas de oro,
dejaba ahogado en una penumbra de sombría púrpura,
producida por el tono de la alfombra, los tapices y las colgaduras,
el resto de la estancia silenciosa. En el fondo de ella, atenuada por
diminutas pantallas de rojiza gasa, luchaba con la semioscuridad
circunvencina, la luz de las bujías del piano, en cuyo teclado
abierto oponía su blancura brillante el marfil al negro mate
del ébano.

Sobre el rojo de la pared,
cubierta con opaco tapiz de lana, brillaban las cinceladuras de los
puños y el acero terso de las hojas de dos espadas cruzadas en
panoplia sobre una rodela, y destacándose del fondo oscuro del
lienzo, limitado por el oro de un marco florentino, sonreía
con expresión bonachona, la cabeza de un burgomaestre

flamenco, copiada de Rembrandt.

El humo de dos cigarrillos,

cuyas puntas de fuego ardían en la penumbra, ondeaba en

sutiles espirales azulosas en el círculo de luz de la lámpara

y el olor enervante y dulce del tabaco opiado de Oriente, se fundía

con el del cuero de Rusia en que estaba forrado el mobiliario.

Una mano de hombre se avanzó

sobre el terciopelo de la carpeta, frotó una cerilla y

encendió las seis bujías puestas en pesado candelabro

de bronce cercano a la lámpara. Con el aumento de luz fue

visible el grupo que guardaba silencio: el fino perfil árabe

de José Fernández, realzado por la palidez mate de la

tez y la negrura rizosa de los cabellos y de la barba; la contextura

hercúlea y la fisonomía plácida de Juan Rovira,

tan atrayente por el contraste que en ella forman los ojazos de

expresión infantil y las canas del espeso bigote, sobre lo

moreno del cutis atezado por el sol; la cara enjuta y grave de Oscar

Sáenz, que con la cabeza hundida en los cojines del diván

turco y el cuerpo tendido sobre él, se retorcía la

puntiaguda barbilla rubia y parecía perdido en una meditación

interminable.

¡Bonita sobremesa!

Hace media hora que estamos callados como tres muertos. Esta medialuz

que te gusta a ti, Fernández, ayuda al silencio, y es un

narcótico, prorrumpió Juan Rovira, escogiendo un

cigarro en la caja de habanos abierta sobre la mesa, al pie del

frasco de aguardiente de Dantzing... Bonita sobremesa para una

comilona rociada con ese borgoña. ¡Si ya me sentía

con principios de congestión! Y comenzó a pasearse a

grandes pasos por el cuarto, con la mano derecha metida en el

bolsillo del chaleco, y arrancándole al puro las primeras

bocanadas de humo.

¿Qué

quieres? Esto lo llaman los poetas el silencio de la intimidad;

también es que Oscar nos ha contagiado; le comieron la lengua

los ratones del hospital... No has atravesado tres palabras desde que

entraste. Tienes sueño, dijo dirigiéndose a Sáenz,

que se incorporó al oírlo.

¿Yo, sueño?...

no; estoy un poco cansado. Pero suponte, Juan, siguió,

clavando en Rovira los ojos pequeños y penetrantes, que por un

hábito profesional observan siempre la fisonomía del interlocutor como buscando en ella el síntoma o la expresión de una oculta dolencia; suponte, paso la semana entera en las salas frías del hospital y en las alcobas donde sufren tantos enfermos incurables; veo allí todas las angustias, todas las miserias de la debilidad y del dolor humano en sus formas más tristes y más repugnantes; respiro olores nauseabundos de desaseo, de descomposición y de muerte; no visito a nadie y los sábados entro aquí a encontrar el comedor iluminado a giorno por treinta bujías diáfanas y perfumado por la profusión de flores raras que cubren la mesa y desbordan, multicolores, húmedas y frescas, de los jarrones de cristal de Murano; el brillo mate de la vieja vajilla de plata marcada con las armas de los Fernández de Sotomayor; las frágiles porcelanas decoradas a mano por artistas insignes; los cubiertos que parecen joyas; los manjares delicados, el rubio jerez añejo, el johanissberg seco, los burdeos y los borgoñas que han dormido treinta años en el fondo de la bodega; los sorbetes helados a la rusa, el tokay con sabores de miel, todos los refinamientos de esas comidas de los sábados, y luego, en el ambiente suntuoso de este cuarto, el café aromático

como una esencia, los puros riquísimos y los cigarrillos
egipcios que perfuman el aire... Junta a la impresión de todos
esos detalles materiales, la que me causa a mí, acostumbrado a
ver moribundos, el exceso de vigor físico y la superabundancia
de vida de este hombrón, dijo señalando a Fernández,
que se sonrió con una expresión de triunfo, junta a eso
con mis quehaceres habituales y con el ambiente mezquino y prosaico
en que vivo y comprenderá mi silencio cuando estoy aquí.
Por eso me callo, y por otras cosas también...
¿Cuáles son
esas cosas?, inquirió Fernández.
Son tus aventuras
amorosas, que todos te envidiamos en secreto, insinuó Rovira
con aire paternal, y que por el lado antihigiénico preocupan a
este don Pedro Recio Tirteafuera.
No, lo demás es
que he comprendido la inutilidad de suplicarte para que vuelvas al
trabajo literario y te consagres a una obra digna de tus fuerzas y
que cada vez que estoy aquí, prefiero no hablar para no
repetirte que es un crimen disponer de los elementos de que dispones,
y dejar que pasen los días, las semanas, los años

enteros sin escribir una línea! ¿Dormiste sobre tus laureles, satisfecho con haber publicado dos tomos de poesías, uno cuando niño y otro hace ya siete años?

¿Te parece poco haber escrito un tomo de poesías como los «Primeros Versos» y como los «Poemas del más allá»?

Yo no sé de esas cosas, pero me parece que valen la pena los versos de Fernández, agregó Rovira con aire de fastidio.

Para cualquiera otro me parecería mucho, para Fernández nada... Recuerde usted cuánto hace que los escribió... Todo lo que has hecho, continuó volviéndose al poeta, todo lo más perfecto de tus poemas es nada, es inferior a lo que tenemos derecho a esperar de ti, los que te conocemos íntimamente, a lo que tú sabes muy bien que puedes hacer. Y sin embargo, hace dos años que no produces una línea... Dime, ¿piensas pasar tu vida entera como has pasado los últimos meses, disipando tus fuerzas en diez direcciones opuestas; exponiéndote a los azares de la guerra por defender una causa en que no crees, como lo hiciste en julio al combatir a las órdenes de Monteverde;

promoviendo reuniones políticas para excitar al pueblo de que te ríes; cultivando flores raras en el invernáculo; seduciendo histéricas vestidas por Worth; estudiando árabe y emprendiendo excursiones peligrosas a las regiones más desconocidas y malsanas de nuestro territorio para continuar tus estudios de prehistoria y de antropología? Déjame echarte un sermón ya que me he callado tanto tiempo. En tu frenesí por ampliar el campo de las experiencias de la vida, en tu afán por desarrollar simultáneamente las facultades múltiples con que te ha dotado la naturaleza, vas perdiendo de vista el lugar a donde te diriges. El aspecto de tu escritorio ayer por la mañana daría a pensar en un principio de incoherencia, a cualquiera que te conociera menos de lo que te conozco. Había sobre tu mesa de trabajo un vaso de antigua mayólica lleno de orquídeas monstruosas; un ejemplar de Tíbulo manoseado por seis generaciones, y que guardaba entre sus páginas amarillentas la traducción que has estado haciendo; el último libro de no sé qué poeta inglés; tu despacho de General, enviado por el Ministerio de Guerra; unas muestras de mineral de las minas de Río Moro, cuyo análisis te preocupaba; un pañuelo de

batista perfumado que sin duda le habías arrebatado la noche anterior en el baile de Santamaría al más aristocrático de tus flirts; tu libro de cheques contra el Banco Anglo Americano, y presidía esa junta heteróclita el ídolo quichua que sacaste del fondo de un adoratorio, en tu última excursión, y una estatueta griega de mármol blanco. Tú, sentado enfrente del escritorio, azotado ya por la ducha fría y excitado por tres tazas de té, comenzabas el día. Ya habías escrito una estrofa musical y perversa destinada probablemente a una de tus víctimas; según me dijiste ya habías girado tres cheques para atender los pagos de la semana; llamado al teléfono para darle órdenes al arquitecto de Villa Helena; comenzado en el laboratorio un ensayo del mineral de Río Moro; ya habías leído diez páginas de una monografía sobre la raza azteca, y mientras ensillaban el más fogoso de los caballos, te entretenías en estudiar el plano de una batalla. ¡Dios mío! si hay un hombre capaz de coordinar todo eso, ese hombre, aplicado a una sola cosa, será una enormidad! Pero no, eso está fuera de lo humano... Te dispersarás inútilmente. No sólo te dispersarás,

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com